

ESCENAS CONYUGALES



ARGENTINA

Ya vé, les hice un laudo
que hasta yo misma con furor aplaudo;
y hecha la paz creí, cuando he aquí
que entre los dos se traba una pendencia
cuyo primer platazo cayó en mí
como feliz autor de la sentencia.

CHILE

Es lógico, señora:
antes, después y especialmente ahora,
según cuenta la historia,
en los tiempos presentes y pasados,
ha sido esa la gloria
del que se mete en pleitos de casados.



TE

DEMONIO

ES EL MEJOR

La higiene, el aseo y la hermosura de la cabellera se obtiene con el uso diario, de la legítima **CARPIQUINA del Dr. Borrell**

Acaba con la caspa, destruye los malos gérmenes y vigoriza el cabello. Pruébese un solo frasco para convencerse de que es superior á todos sus similares.



En venta: L. MOUTIER y C.a, DAUBE y C.a, VOGT y C.a, EMILIO KLEIN y en todas las buenas Boticas, Droguerías y Perfumerías

LA MUJER SIN CABEZA

ACABABA de restablecerme de una dolorosa enfermedad, cuando, á instancias del doctor, abandoné mi ciudad natal para trasladarme á Canewdon con el fin de gozar de un aire más puro.

Canewdon es menos que una aldea. Sólo hay, aquí y allá, una que otra casa. No obstante Canewdon es célebre por el número de romances y tragedias que han tenido lugar en él.

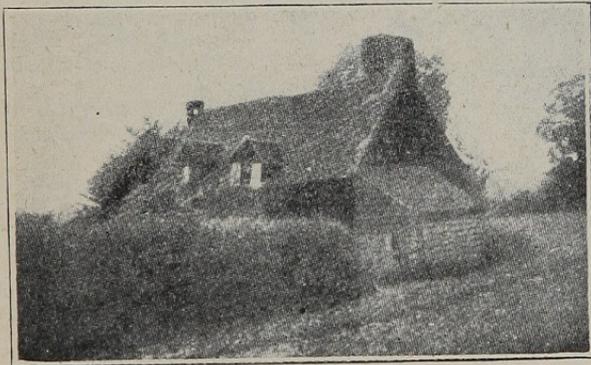
Elegí para mi residencia una de las mejores cabañas, con un hermoso jardín atravesado por un arroyo. Llevé allí todos mis libros y me resolví á pasar, en mi nueva morada, la vida de un ermitaño. Ese aire puro me era delicioso y mis libros completaban mi alegría.

Durante los dos primeros días, la mansión elegida me parecía la más agradable y la mejor escogida. Después varió mi opinión, con motivo de algunos acontecimientos extraños.

Me había entretenido una noche, leyendo, hasta más allá de las doce, cuando sentí un ligero ruido en la aldaba de la puerta de la pieza que daba al jardín.

Naturalmente, mi primer pensamiento se fué hacia los ladrones. Como la cabaña que yo ocupaba estaba retirada en demasía de las demás, me alarmé grandemente, pues no sabía el número de enemigos con que tendría que luchar.

Observé un momento, esperando que alguien entrara por esa puerta. Pero, con asombro mío, ví que la aldaba que habían



levantado cayó otra vez y quedó tal como estaba antes. Creí sería todo aquello obra de algún tímido ladrón. Momentos después el ruido volvió á repetirse; la aldaba volvió á levantarse y, en seguida, cayó para quedar en una posición como si nunca la hubieran movido.

La noche estaba demasiado clara, de modo que á gran distancia podía distinguirse si alguien hubiera en los alrededores; pero, nada se divisaba, absolutamente nada.

Ese ruido extraño producido por el movimiento de la aldaba no volvió á repetir-

se en seguida. Resolví entonces acostarme.

Al siguiente día vino á visitarme un amigo con el que pasé en diversos entretenimientos. En la noche conversamos hasta las once, hora en que mi amigo quiso retirarse á su pieza. Apenas había salido de mi cuarto, cuando retrocede espantado y me dice:

—¿Quién está ahí? He visto un rostro humano que me mira fijamente.

Sin embargo, nadie había en los alrededores.

Mi amigo aseguraba que había visto á alguien que lo había mirado intensamente, en ademán de hablarlo, y no podía explicar su desaparición.

Dos días después fuí á Fambridge, cediendo á la invitación de algunos amigos. Pasé allí cuatro días. Fambridge está muy cerca de Canewdon.

Una noche que regresaba á mi morada divisé en la oscuridad de la noche una luz que brillaba tenuemente al lado del camino que yo llevaba. Esto no hizo mucha impresión en mi ánimo. Después ví que aquella luz variaba de posición y entonces contraí un poco más mi atención sobre el fenómeno que tenía ante mi vista. Aquello era más bien una llama que una simple luz. Tenía un color blanco verdoso.

Lo que más me llamaba mi atención era que aquella luz no parecía provenir de algo visible. Ardía á una altura de cuatro ó cinco pies. Llegué, entonces, á sentir un estremecimiento en mi cuerpo. Aquella vista inesperada entre las sombras de la noche y á poca distancia del cementerio habría causado sensación á cualquier hombre.

Aquella noche había luna, pero las nubes que amenazaban tempestad impedían que la luz llegara á la tierra.

De repente las nubes se dividieron y la claridad de la luna iluminó la escena. Inmediatamente aquella llama extraña se extinguió después de cambiar tres veces de posición en un instante.

Entonces huí aceleradamente, sin saber ni la dirección que llevaba. Sin darme cuenta llegué á una posada y, falto de aliento para seguir, pedí allí alojamiento.

La dueño de la posada notó cierta alteración en mi rostro y me dijo:

—Usted tiene su semblante desfigurado. Parece que algo le hubiera sucedido. ¿Es así?

Sentí cierta vergüenza de narrar lo que me había sucedido.

Pensé que ella lo tomaría por ilusión mía é iba á reirse de mí.

Luego cambié de opinión, juzgando que acaso ella podría suministrarme algunos datos sobre la aparición y resolví comunicar-

le todo. Antes que principiara mi relato me preguntó ella:

—¿Ha visto á la mujer degollada?

—¿La mujer degollada? pregunté enteramente asombrado. ¿Quién es?

—Voy á decirle. ¿Ha visto usted una

tió el asesinato. La historia, dice que hace cuarenta años un hacendado que habitaba esa casa dió en beber y, á causa de esto, perdió sus facultades mentales. Asesinó á su esposa y en seguida le cortó la cabeza. La enterró secretamente y sólo algún tiempo después se encontró su cadáver.

—Entonces, ¿es cierto que hay apariciones?

—No hay duda, señor, acerca de ello. Mucha gente ha visto extrañas apariciones. Una vez que mi esposo atravesó ese camino en la noche, quedó enfermo durante un mes á causa de las impresiones sufridas por la vista de visiones horribles. Algunas veces es un simple rostro el que se aparece; otras una luz, otras la forma de una mujer sin cabeza.

—¿Quiera el cielo que nunca vea yo esas visiones!

—Dígame, señora, la dije, ¿cuál podrá ser la explicación sobre lo sucedido en la aldaba de la puerta de mi pieza?

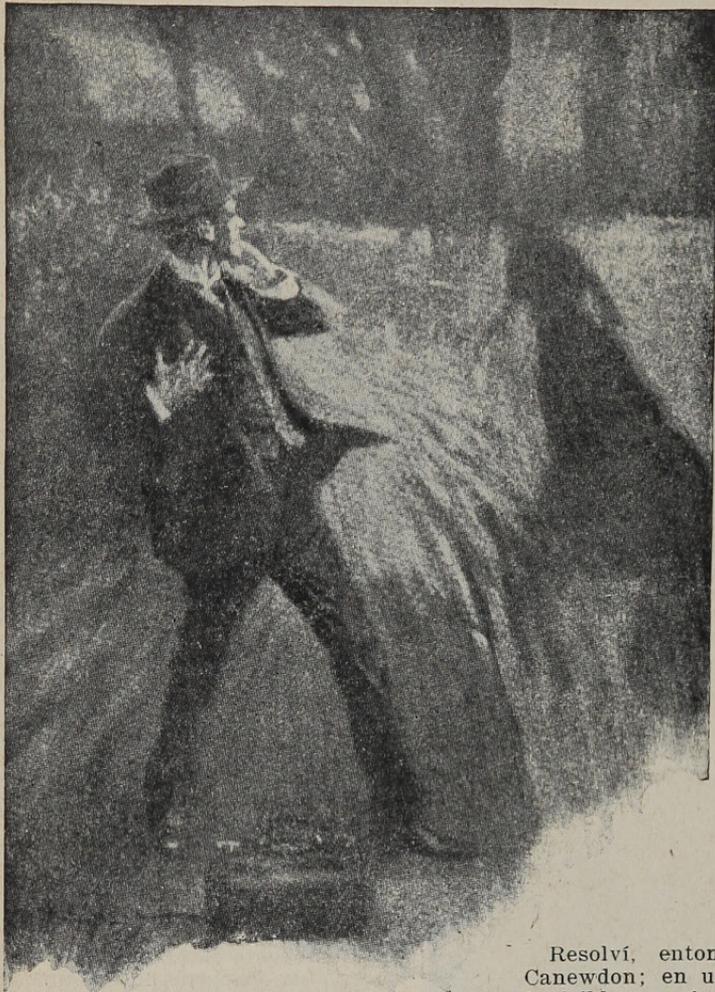
—Si mal no recuerdo, hace, más ó menos, un año á esta fecha que murió en su cabaña un señor que trabajaba en la casa blanca y se encontraba allí cuando se cometió el asesinato.

Esto es lo único que puedo decir relativo á este misterio.

Resolví, entonces, no habitar más en Canewdon; en un lugar en donde espíritus invisibles venían á turbar la tranquilidad que creí podría disfrutar en una región apartada de las ciudades.

Todo esto es verdadero, sin que mi imaginación haya alterado absolutamente nada.

CHARLES NEEDHAM



casa pintada de blanco que hay en el camino á Frambridge?

Le dije que sí y que yo la había tomado por la casa de alguna hacienda.

—Pues bien. Allí fué en donde se come-

SONETO

Enamorado estoy de Estefanía,
y si no caigo en su celeste anzuelo
es porque dudo aún si el terciopelo
de su faz es de tienda ó droguería.

Pero también me gusta en demasía
la dulce picaruela de Consuelo,
porque tiene una cara como un cielo
que en la noche se estrella... con la mía.

¿A cuál debo elegir? La Estefanía
tiene rizos muy lindos; pero el pelo
lo compró en no sé qué peluquería.

Y aceptar á Consuelo es osadía
porque le gusta mucho á mi Consuelo
llevarse en la ventana todo el día.

A. I. L.

AVISOS ECONOMICOS



Biombos: nuevas invenciones para teatros y salones.



Flamante y con muchísimas mejoras se vende un tocado para señoras.



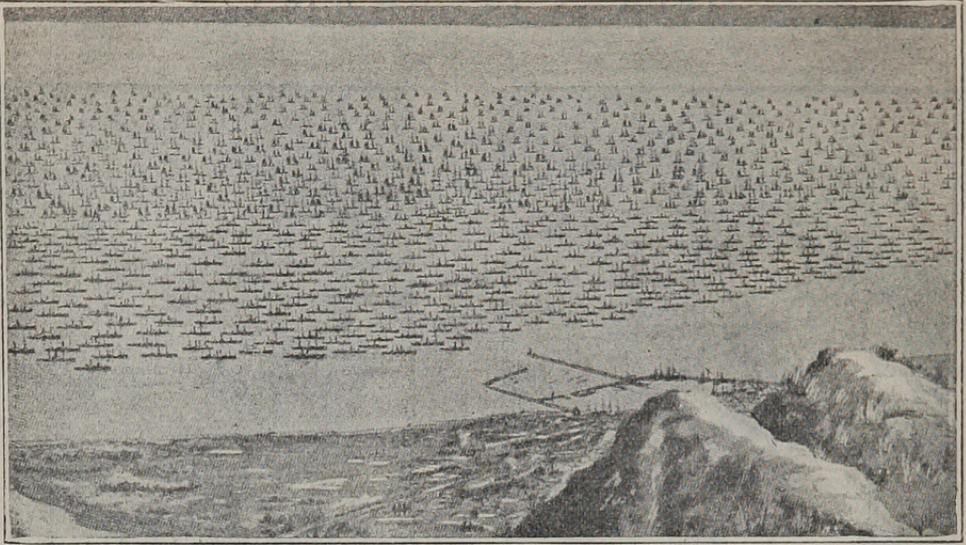
Ventilador eléctrico; asegura aire sano y muchísima frescura.



Con muebles y otras sorpresas alquilo dos buenas piezas.



SINIESTROS MARITIMOS



NADA hay que se parezca más al espíritu humano que el mar. La observación no es nueva, pero viene muy á cuenta hablando de siniestros marítimos.

Al anuncio de algún espantoso drama de estos, en que el mar se traga centenares de víctimas —como ha sucedido últimamente con el “Sirio”—el mundo entero se extremece y surge el clamor por la pérdida de tantas existencias en un instante, de un solo golpe. En efecto; tales catástrofes—por suerte raras ya—son hechos como para impresionar fuerte al mundo. Pero, ocho ó quince días después ya han si-

do olvidadas y la vida sigue su camino. Tantas otras, menos impresionantes para la imaginación, pero no menos dolorosas se producen, sin embargo, día á día. Hé ahí, por ejemplo, presentado en forma sensible, en cuadro, lo que el mar devora en un año. El estado de las pérdidas y accidentes, publicado por la oficina “Veritas”, nos enseña, efectivamente, que en 1905 se han perdido 389 vapores y 649 veleros, ó sea un total de 1,038 buques; así, cada día, el insaciable Océano se traga tres barcos, humildes lanchones, lindos veleros ó poderosos steamers.



Combate todas las afecciones de la Anemia, Tisis, Debilidad muscular y nerviosa á consecuencia de trabajos mentales, dá fuerza y resistencia, ayuda la digestión y se recomienda por su composición especialmente á los convalescientes y ancianos.

LOS MEJORES MEDICOS LO RECETAN

ERNESTO T. EISELE. Casilla 345, Valparaiso, Depósito: Salvador Donoso 2
Teléfono Inglés número 984

CONCURSO DE CHISTES

—¿Dígame usted, amigo mío, quién es más feliz: el que tiene siete mil pesos ó el que tiene siete hijas?

—El que tiene hijas.

—¿Por qué?

—Porque el que tiene siete mil pesos desea tener más; y el que tiene siete hijas... tiene ya de sobra y no desea más.

—*Alcázar.*

—No creí que tuvieras el sueño tan profundo, decía un enamorado á su dama; yo anoche copla tras copla ante tu reja y tú, duermes que duermes.

—¿A qué hora cantaste?

—Serían las dos de la madrugada.

—Perdona, oí tu canto; pero creí que era el gallo.

En un juzgado:

El juez.—Dígame su nombre de pila.

El acusado.—Domingo Antonio del Carmen, Benedicto, Justiniano, Nolasco, Belarmino, Federico, Baldomero...

El juez.—Pero, hombre, por Dios! Ese no es un nombre de pila, sino una pila de nombres!—*J. M.*

Entre enamorados:

—¿Sabe usted, Julia, en qué se parecen sus padres á las gallinas?

—¡A las gallinas! En nada.

—Sí, amada mía, se parecen en que ponen.

—¿Mis padres ponen?

—Sí, amor mío, desde hace dos años... ponen inconveniente á nuestra unión.

Un caballero le pregunta á un vendedor de aves:

—A ver, ¿cuánto cuesta esa gallina?

—Cinco pesos, señor.

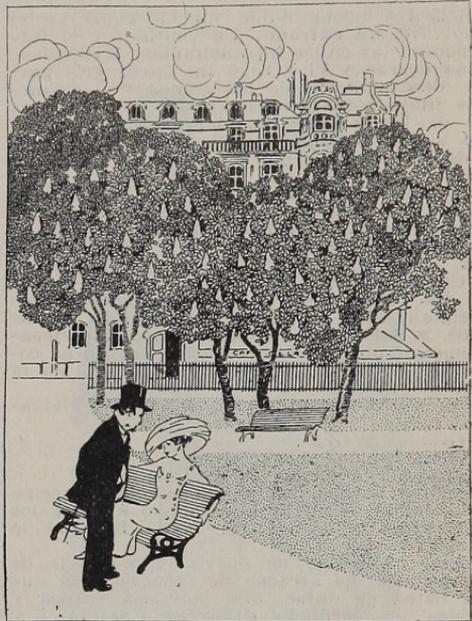
—¡Cinco pesos, hombre!

—Sí, señor, es barata.

—¿Barata?

—Barata, señor.

—Pero, hombre, si estoy viendo que es gallina. ¿Entonces te figuras tú que yo no conozco las baratas?—*J.*



—¡Ah! señorita, nunca olvidaré el día en que falleció mi pobre mujer.

—¿Cuándo fué?

—Después del 91, allá entre el 95 y el 98, por ahí, más bien antes que después.

Como un pequeño estímulo al ingenio nacional, hemos abierto, con este título, una sección en la cual insertaremos los mejores chistes que se nos envíen. Y por cada uno que se publique se pagarán dos pesos, que el interesado puede reclamar inmediatamente en la Oficina de CORRE VUELA, Teatinos 666.

NOTA.—Los chistes deben ser originales é inéditos. Hemos recibido muchos, pero la mayor parte ó no resultan ó han sido tomados de los almanaques ó de la Biblioteca de la risa y eso no es gracia.



UN CABALLERO



AQUELLA noche había mucha gente en el Casino. No era extraño. La ventisca y el turbión ponían las calles intransitables. Extendíase por las aceras y el arroyo un barro gris parduzco, desesperación de los gomosos y encanto de los limpiabotas; arremolinaba el viento las gotas de lluvia estrellándolas contra los hermosos vidrios de una sola pieza que resguardaban de la intemperie á los tertulios del gran salón.

Eran cerca de las once, y las conversaciones, animadas en un principio, comenzaban á languidecer. Alguno que otro caballero se acercaba á los balcones, miraba de soslayo á la calle y volvía junto á la chimenea, exclamando:

—¡Caballeros, vaya un tiempo!

Ya dos ó tres de los menos trasnochadores se dirigían hacia la puerta en demanda de los abrigos, y del consabido paraguas ó impermeable, cuando un joven de elevada estatura, correctamente vestido de levita, se presentó en la puerta del salón.

Su presencia produjo una serie de exclamaciones.

—¡Gracias á Dios!

—¡Bien venido!

—¡Hola! ¡Ya vuelve la oveja al redil!

—Buenas noches, señores, exclamó el recién llegado dando su enguantada mano á todos los concurrentes. ¿Qué tal por aquí? Siempre lo mismo, ¿eh?

—Igual. Sólo hay de nuevo su presencia de usted después del atracón de luna de miel que acaba usted de darse, dijo con risa franca y bulliciosa un perfilado título de Castilla.

—Confieso que soy el más feliz de los hombres...

—¡Hurrah!

—Que tengo una mujer ideal...

—¡Bravo!

—Y que pienso que les ha de gustar á todos ustedes...

—¡Apoteosis! exclamó uno de los más bullangueros circunstantes.

—Vaya, Alberto, siéntese usted y pase un rato con nosotros, dijo uno, ya que es usted el primero de los prófugos que vuelve.

El nombrado Alberto se acomodó en una bu-

taca y extendió los piés calzados de charol hacia el morrillo de la chimenea.

Sin duda que la conversaci6n iba de nuevo á reanimarse, pero un incidente inesperado trocó por otras nuevas la serie de ideas que iban de fijo á emitirse entre los aristocráticos tertulios del círculo.

Un muchacho de unos veintidós años, de frac, con una camelia en el ojal y planchado el pelo, penetró en el salón gritando:

—¡Noticia!

—¿Qué hay? preguntó uno.

—¡Grandes novedades! Pavo Guevara está en la sala de tresillo.

—¡Hombre! Ese es otro prófugo como Alberto. Hace tres meses que no se le ha visto el pelo por aquí.

—Me ha prometido venir á ver á ustedes. ¡Hasta luego!

Y el imberbe mancebo desapareció, dejando á todos suggestionados por tanta novedad.

¡Extraño era, en efecto!

Sólo hacía quince días que Alberto de Heredia había dejado las amenas reuniones nocturnas del Casino, para casarse con una señorita americana oriunda de Costa Rica y de una espléndida belleza, al decir de los pocos que la conocían; pero Paco Guevara hacía tres meses que sin dar noticia de su paradero había desaparecido del Casino y se ignoraba dónde estuviese.

Sus íntimos, creyéndole enfermo, acudieron á su casa, en donde sólo hallaron á Jacques, el ayuda de cámara inglés, que se limitó á contestar que no sabía en dónde se hallaba el señorito.

Así es que la curiosidad detuvo á más de tres de los reumáticos viejos verdes, que tenían costumbre de retirarse temprano.

—¡Bueno! Veremos á Guevara, dijo alegremente un rubio vizconde; pero dénos usted, amigo Alberto, algún detalle acerca de esa boda tan rápida. ¿Cómo ha sido eso? Usted, que era incansable...

—Caballeros, me volví loco, lo confieso. Conocí á mi mujer en un baile de la Embajada francesa, presentéme á su madre el Ministro de Méjico, bailé con la niña dos vales y parece que al apuntarme en el carnet me apuntó al corazón. Me declaré. Me dió el sí apetecido y me casé sin más ceremonias. Lleva doscientos mil duros de capital, como dote.

—¡Ciruelas! murmuró un marqués tronado.

—No emprendí el viaje de bodas porque mi mujer no ha querido salir de Madrid. Esto es todo. Aunque las esquelas de participaci6n tardarán todavía en repartirse, tienen ustedes su casa, Alcalá, tantos, hotel que nos ha regalado mi suegra.

Momentos después una figura noble, de un hombre como de unos 30 años, buen mozo, con sedosa barba negra, ojos brillantes y dientes blanquísimos, vestido con exagerada elegancia, entró en el salón lentamente.

—¡Paco!

—¡Aquí está Guevara!

Todos se levantaron, incluso Alberto. Todos abrazaron al amigo ausente, y el acogió con



placer aquellas muestras de cariño. ¿Con que te has metido bajo tierra?

—¿Con que te has emparedado?

—¿Es que has profesado en la Trapa?

Paco, sin contestar á tanta pregunta vacía, volvióse hacia Heredia y le dijo con jovialidad:

—Oye, chico, ¿me han dicho que te has casado?

—Sí, Paco; hace pocos días.

—Con alguna madrileña, ¿eh?

—Nó. Con una americana.

—¿Americana? ¿No la conozco?

—Creo que nó. Han venido de Amapola apenas hace seis meses.

—¡Ah! ¿Es costarricense?

—Sí.

Guevara no volvió á ocuparse más del asunto.

—Y dime, prófrío el vizconde rubio dirigiéndose á Paco, ¿tú qué te has hecho?

Paco encendió una breva de Gener y tardó en contestar.

—He estado metido en mi casita de la Moncloa estudiando astronomía, dijo lentamente.

—Al diablo se le ocurre. ¿Astronomía?

—Sí. A Flammarion.

Intentaron los concurrentes averiguar algo más, pero Paco Guevara estuvo impenetrable.

Poco á poco fueron aclarándose las filas de tertulios y la reunión quedó reducida al vizconde rubio, el pollo de la camelia, Alberto y Paco Guevara.

—¡Ea! Ahora que estamos solos, dijo el vizconde, no nos harás tan inocentes que creamos una palabra de tus historias astronómicas.

Tú has tenido algún lío.

Guevara mascó la punta del puro y preguntó:

—¿En qué te fundas?

—En que conozco el paño.

—Nó. Pues no hay nada. Créeme...

—¡Ea! ¿Que no te creo! Vaya... Paquito...

Tú eres muy amable y nos lo contarás. ¿Quién es ella?

—Os empeñáis en suponer...

—Hombre, cuéntalo, dijo Alberto; aquí estás entre amigos.

—Pues... bueno. He tenido estos días una mujer superior.

—¿Caracolitos! exclamó relamiéndose el pollo de la camelia.

—Figuráos, continuó Paco, que salía yo una noche de aquí, dirigiéndome por la calle de Sevilla hacia la de Arbabán, cuando ví salir del colmado una chula de lo más superior que han visto humanos ojos.

—¡Olé la gracia!

—Un borracho salía trás ella insultándola y llamándola con los dictados más soeces. Me ardió la sangre. Dí un puñetazo al beodo y ofrecí el brazo á la mujer; tenía un acento andaluz deliciosísimo. Gracias, muchas gracias, caballero, me dijo; sin usted, ese bruto me hubiera comprometido.

—¡Bien por los hombres galantes!

—Acompáñeme usted hasta la plaza de Santa Ana, me dijo la chula. Llegamos. Era una morena deliciosa con un pié calzado con mucho lujo. Tomó allí un simón y ya iba á marcharse cuando le pregunté ansioso:

—¿Dónde podré verla á usted?

—Nunca, me contestó muy seria.

El simón arreó y me quedé hecho un mono en la acera del teatro Español.

—¡Mal principio!

—Al día siguiente recibí por el correo interior una carta en que se me citaba en un merendero de las Ventas, al anochecer. Acudí presuroso y allí estaba ella completamente sola. Hace de esto tres meses justos. Cenamos en amigable compañía; el champagne nos calentó los cascos. Le declaré mi amor y entonces me dijo una cosa extraña. Que era hija de una familia de la aristocracia; que sus padres estaban ausentes; que se había enamorado de mí...

—¿Cómo?

—Porque esa chula... es... ¡mi mujer! prófrío el desdichado, arrojando al rostro de Guevara sus arrugados guantes.

—¿CÓMO?

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!

—¡Pillo! ¡Qué suerte! exclamó el vizconde.

—Me la llevé á mi casita de la Moncloa, me exigí el secreto más absoluto y... no volver á los círculos que frecuentaba. Lo cumplí todo, todo y juré como caballero no revelar á nadie jamás ni su nombre ni nuestros amores. Una noche vino á verme, según costumbre, después de las doce á mi casita de campo. Estaba pensativa, lloró mucho sin decirme el por qué; me cubrió de besos y... no he vuelto á verla más. Al cabo de un mes me sentí relevado del compromiso y vuelvo al Casino. Aquí me tenéis. Hace veinticuatro horas que he recibido la siguiente carta.

Paco sacó su hermosa cartera de piel de Rusia con filete de oro y leyó este billete, dejando la cartera sobre sus rodillas:

—No volveremos á vernos nunca. Olvidame. Sólo te pido, en nombre de lo que te quise, una cosa. No me conozcas jamás".

Todos quedaron estupefactos y á Paco, al estremecerse por la lectura, le temblaron las rodillas. Una fotografía Mignon se desprendió de la cartera y cayó sobre la alfombra de mo-

queta. Lanzóse el loco vizconde y se apoderó del retrato, leyendo en su dorso con fruición:

—A Paco. Su chula".

—¡Aquí la tenemos! exclamó el rubio. ¡Superior! ¡Colosal!

Paco se levantó lívido de rabia, pero todo fué inútil; el retrato pasó de mano en mano. El vizconde y el pollo del frac se alejaron riendo y diciendo á Guevara:

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿CÓMO?

—¡Que sea en horabuena!



JOSE M. DE LA TORRE

¡PICARAS APARIENCIAS!

I

Va Jesús en una tarde de las del pasado mes á casa de Juan Velarde, Moneda sesenta y tres.

Como quien va á delinquir muy quedo á la puerta llama y en seguida sale á abrir Isabel, que es la mucama.

Ni Juan ni su esposa están, y Jesús á la Isabel, á fin de que sepa Juan que ha estado, deja un papel

Donde, á modo de tarjeta, escribe de prisa y mal: Jesús M. Morisqueta, corista del Nacional.

II

La esposa de Juan, Tomasa, que sola había salido, llega y penetra en su casa mucho antes que su marido.

—¿Alguna visita ha entrado? pregunta á la chica.

—Sí; y este papel ha dejado para el señor.

—Trae aquí. Se encierra en su tocador Tomasa; lee la tarjeta y así exclama con terror:

—¡Jesús M. Morisqueta!... ¿Quién será esta rara prenda que aquí busca al insensato? ¡Lo que es como Juan se entienda con tal corista, le mato! ¿Habrás visto bribón semejante? voto á San...! ¡Antes la separación que seguir sufriendo á Juan!

¿Con que el pillo se propasa á causarme este tormento? ¡Ahora mismo voy á casa de mis padres con el cuento! ¿Dejarlo así?... ¡Qué tontuna! Diré á mi padre que el tal recibe visitas de una corista del Nacional.

III

No debe Tomasa inquieta sentir por su Juan empacho. Jesús M. Morisqueta es corista, pero *macho*.

Es un tenor que anda mal y que hoy se tiene que ver cantando en el Nacional para ganar de comer.

¿Qué quería el desvalido Jesús M., que en persona iba en busca del marido de la cónyuge escamona?

Una cosa bien humana: una recomendación para que su madre anciana consiguiera una pensión.

IV

Pronto lo supo la esposa de Juan, y fué de cabeza á suplicarle, mimosa, perdón por la ligereza; más fué su atroz sacudida de las que la dicha empañan.

Moraleja: en esta vida las apariencias engañan, y al listo como al atún nunca les deben poner nombre que sea común al hombre y á la mujer.

JUAN PEREZ ZUNIGA

LUIS RUDLOFF

SUCESOR DE

CRISTIANO RUDLOFF é Hijos

VALDIVIA



Gran Fábrica de Calzado y Curtiduría

LA MAS GRANDE DE CHILE

Premiada en todas las Exposiciones del país y en la de Buffalo con

MEDALLAS DE PLATA Y DE BRONCE

Especialidad en Calzado para Mineros, Marineros, Oficinas Salitreras, Policías y Tropas del Ejército. Ultimamente se ha instalado una sección de Calzado fido.



M.de F



Dirección telegrá-

fica RUDLOFFOS

:: VALDIVIA ::

Ventas totalmente al por mayor

El compadre Zacarias



—Mire, sargento Carian, ya que por una humorada de gran señor me lleva usted preso, vamos despacio; no veo la necesidad de que me lleve al trote.



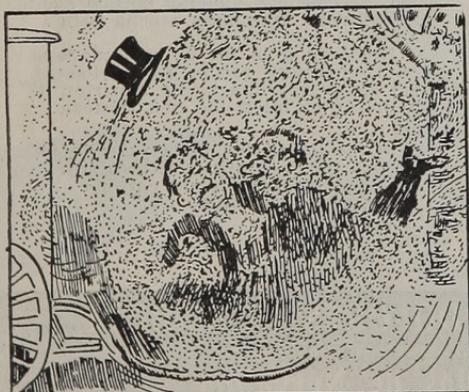
—Y aún podíamos examinar este aparato, mi querido sargento.
—Esa es la vacuum cleaning, para extraer el polvo de las alfombras.



—Muy bien. Y esto se maneja con facilidad. Caramba, es un invento muy ingenioso.



Y diciendo el compadre Zacarias, mueve el resorte al revés y tapa de tierra fina al bondadoso sargento.



El cual se precipita sobre el compadre y rueda con él en medio de un remolino de polvo.



En seguida lo asegura y se lo lleva al trote en un lamentable estado, indigno de un gran señor.

POESIAS

AMORES IDOS...

(A una ingrata porteña)

Nos vimos y nos amamos...
Pasó luego el frenesí,
y después... nos separamos;
tú... un poco hastiada de mí,
yo... un poco hastiado de tí!

Me enteré, no sé por quién,
que te espresas con desdén
de nuestro amor fenecido;
y juras que me has tenido
lástima, cariño nó;
porque yo
era un muchacho sin plata,
sin porvenir y sin seso...
;Eso dices, negra ingrata!
¿Y aquel beso?...

Pueriles habladurías
que no hacen, por cierto, honor
al amor
que te tuve y me tenías.
Dices que no me querías,
y aseguras
que eran tus amores vanos...
¿Y aquel apretar de manos,
los dos solitos y á obscuras?...

Dices que soy un tronera;
que á tus piés la vida entera
pasé muerto de pasión;
y que tu amor sólo era
de risa y de entretención.
Dices que soy un pedazo
de animal... un malandrín;
que á mis súplicas sin fin
jamás nunca hiciste caso...
;Ingrata! ¿Y aquel abrazo
de noche y en el jardín?...

Sin querer he recordado
de nuestro amor el pasado:
tus grandes, tus lindos ojos,
tus labios frescos y rojos
que incitaban al pecado;
tus antojos, mis antojos,
mis enojos, tus enojos,
tus venturas y las mías
en horas de dicha loca,
y aquellas glotonerías
de tu boca y de mi boca...

A. MAURET

DEL PASADO

La encontraba de pié en el balcón
de los días en la hora postrera;
parecía azucena en botón
que á los besos del sol se entreabrierá.

DANIEL E. DE LA VEGA

A esa hora de paz y de calma
recorría conmigo el jardín,
y la ingénua franqueza de su alma
me brindaba placeres sin fin.

Aspirando perfumes diversos,
por las flores del huerto exhalados,
con arrobó escuchaba los versos
de mi lira, por ella inspirados.

Le conté en una tarde serena
de mi vida los negros dolores
y me dijo:—¿Por qué sientes pena
si te brindo placeres y amores?

Y un momento quedó pensativa
contemplando el postrer arrebol,
y en su frente serena y altiva
le dí un beso temblando de amor.

¿Cuántas veces nos vimos á solas
en las tardes hermosas aquellas,
á las flores cerrar sus corolas
y en el éter brillar las estrellas!

Pero, un día entregóme mi amada
á otro hombre su amor, su cariño,
y murió la esperanza dorada
que me diera en mis horas de niño...

¿Quién irá á recitarle en la tarde
sus poemas, temblando de amor,
á esa hora de calma, cuando arde
entre nubes rojizas el sol!

LUIS A. SANCHEZ G.

VIOLETAS

Aquí están tus violetas ya marchitas
esparcidas sin color sobre la mesa
donde escribo mis versos alumbrado
por la luz que agoniza de un vela.

Ya no exhalan fragancias ni perfumes,
ya no me hablan de amor ni de tristeza.
No me des más violetas porque siento
al mirarlas marchitas mucha pena.

Nacieron á la luz de una mañana
en tu hermoso jardín estas violetas,
sin saber que una noche morirían
al nacer en mi pecho una tristeza.

Si me llevan las luchas por la vida
á otra tierra lejana y extranjera,
te daré eternamente mi cariño
en pago de este ramo de violetas.



JAQUECA Y DOLORES DE CABEZA

por porfados que sean, desaparecen infaliblemente empleando las

Cápsulas de Nervalina

que se pueden tomar con entera confianza, sin peligro alguno para el corazón y el estómago.

CORRE-VUELA

REVISTA LITERARIA, HUMORISTICA E ILUSTRADA

OFICINA: Teatlnos, 666 • • • CASILLA, 2017 • • • TELEFONO INGLES: 780

Editores propietarios: Empresa "Zig-Zag"

AÑO II

SANTIAGO, JULIO 28 DE 1909

NUM. 83

PERTURBACIONES DEL SENTIDO



—Oyeme que el caso es serio:
he mirado un largo instante
el grupo del Ministerio,
y te juro, Desiderio,
que lo he visto bamboleante.

—Precisamente, á mi vez,
en eso estaba pensando;
pero me imagino qué
somos nosotros tal vez
los que estamos bamboleando.



RUMORES



DE LA SEMANA

LA vida parlamentaria va transcurriendo tranquilamente, sin ninguna incidencia posterior digna del verso épico ó de la prosa airada. El señor Concha don Malaquías, según la opinión concienzuda del señor Correa Bravo, ha concurrido á las sesiones animado de un espíritu amable, de muy buen genio, con lo cual ha contribuido á despejar la atmósfera de la Cámara y á que el tilinteo de la campanilla presidencial se escuche con todo recogimiento y con toda nitidez.

Sólo allá, después de las cuatro, y al final de la primera hora, el honorable diputado por Lautaro empieza á dar señales de im-



paciencia. Es la hora de las once, el momento en que el estómago repica sobre el sistema nervioso, y en esos instantes el ánimo más tranquilo se incomoda y se inquietta, sobre todo si á alguno se le ocurre conseguir la prolongación de la primera hora, lo que equivale á aplicarle al señor Concha el suplicio de Tántalo.

Los debates en esta rama del Parlamento continúan girando alrededor de los asuntos económicos, asuntos que cada uno de

los señores representantes entiende á su manera, según las luces que Dios le dió. En esta diversidad de opiniones, seguramente muy pocas se arriman al verdadero interés público, ni á la legalidad, ni á la razón; pero eso es lo de menos. Los congresos no han sido hechos para satisfacer los anhelos populares.

Entre los proyectos luminosos que se han producido acerca del asunto, figura uno de reciente fecha, por medio del cual se haría la conversión el 1.º de Enero, pagando el Fisco 62 centavos oro de 18 peniques por cada peso papel con ó sin microbios.

Por cierto que esto sería una combinación ingeniosa, que equivaldría á convertir un par de pantalones usados, cortos y remendados, por un par de calzoncillos sólidos, de buena tela y de duración garantida; pero al fin y al cabo de todo, resultaría una conversión que, sin duda alguna, aceptaría el público, diciendo con la sublime resignación que nos anatematiza:

—Del lobo un pelo.

Algunos piensan seguramente que más vale un pájaro en la mano que ciento cinco volando, y se conformarían con recibir ahora algo positivo en vez de quedarse con los billetes en la mano, esperando que en 1913 ó 1915 se reúna el Congreso para decirle nuevamente:

—No es época oportuna todavía; hay muchos intereses desarrollados, crecidos y fructificando á la sombra del papel inconvertible. Espere usted; le pagaremos en Mayo de 1920, ó para las calendas griegas, ó el día del juicio en la tarde, después de la polvareda.

Sin embargo, está causando extrañeza la atonía pública ante el interesante problema económico. Nadie ha levantado su dulce voz para pedir un meeting, una asamblea cualquiera en la cual se manifieste de un modo entusiasta la opinión dominante, así como se ha expresado, tratándose de los

servicios locales y de las reformas edilicias.

Y nadie puede dudar del resultado, en vista de que, apenas producido el manifiesto público del meeting, todos nuestros dirigentes se han movido con gestos extraordinarios buscando el medio de satisfacer los anhelos de la gente culta.

Desde luego el proyecto de empréstito se ajita, á pesar de los desentonzados propósitos de don Malaquías, el último abanceiraje en materia de sentimientos agresivos en contra del Municipio, y, por otra parte, la Alcaldía se ha lanzado con ahinco á la tarea de asearnos por el lado de las calles públicas.

Esta operación se lleva adelante con locura, con verdadero entusiasmo municipal y ohero y nunca se ha hecho nada más perfecto y más rabioso. En verdad, que del todo que nos cubría un cincuenta por ciento va á los carretones y otro cincuenta se llevan los transeuntes en la levita, en el ropaje ó en el sombrero; pero esto lo recibe nuestro público con agrado.

Tanto es así, que un caballero á quien estimo por sus rarezas ha resuelto conservar intacta una levita flamante que extremaba el Sábado y que fué dichosamente



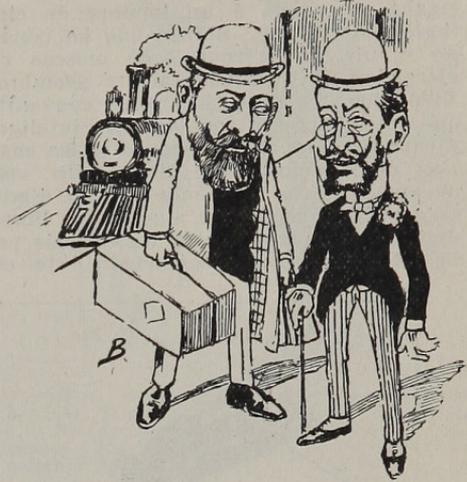
maculada por un aluvión de barro pescado al vuelo en el centro comercial.

—La guardo, me dijo, para que la vean, la examinen y la contemplen mis hijos y mis nietos.

—¿Y para qué? le dije yo.

—A fin de que sepan las generaciones venideras, ante un ejemplar fidedigno y auténtico, que hubo en Santiago, una vez siquiera, aseo rápido, ejemplar é histórico.

Este deseo de pasar con algo á la posteridad es, á mi juicio, muy laudable, y



por consiguiente no extraño los anhelos de los políticos que desean inmortalizar su nombre. El medio más seguro consiste en obtener un sillón ministerial. La historia olvida á los grandes hombres, á los senadores y diputados; pero no olvida nunca á los Ministros.

Sin embargo, hay personas que quieren ir más allá todavía y, al efecto, recientemente no más le decía don Jorge Huneeus al señor Suarez Mujica:

—¿Usted va á permanecer algún tiempo en Méjico?

—Yo voy á procurar la más larga estadía que se pueda.

—¿Eso sería malo?

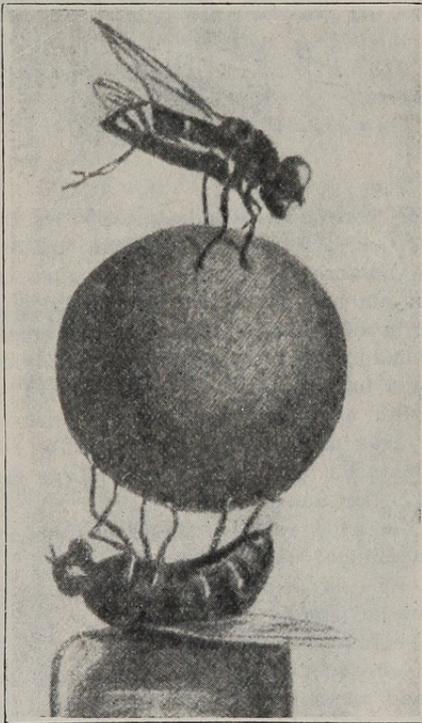
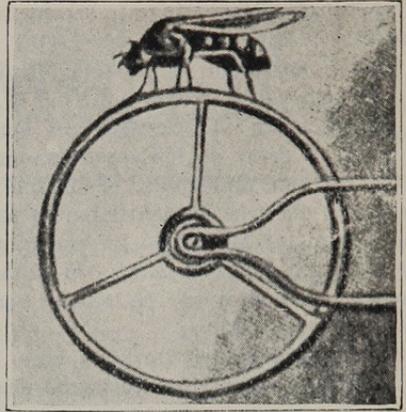
—Porque usted sabe que yo soy su obligado sucesor en todos los ramos. Después de usted fuí yo al Ministerio de Instrucción; luego me corresponde sucederle en la Plenipotenciaria de Méjico. De manera que procure excurrirse luego á Europa; pues yo sueño con ir á Méjico, no por conocer á don Porfirio Díaz, sino porque me han dicho que por allá existen ejemplares de orquídeas, que hasta hoy no he podido conseguir para la gloria de mi negra "bou-tonnière".

CUQUIN



Moscas Amaestradas

LA exhibición de pulgas amaestradas es ya cosa tan corriente, que apenas llama la atención de nadie. En cambio, hasta ahora parece que á ningún domador se le había ocurrido amaestrar moscas. Esta maravilla estaba reservada á un hombre de ciencia inglés, Mr. F. P. Smith, que ha conseguido reunir una "troupe" de moscas cuyos ejercicios son verdaderamente asombrosos. Viéndolos trabajar, hay que convenir en que estos dípteros son bastante inteligentes y capaces de aprender cuanto se les enseñe. Una de las moscas de Mr. Smith, vestida de ama de cría, se sienta en una diminuta silla y hace como que amamanta, limpia y duerme en brazos á otra mosca más pequeña. Los que han presenciado este espec-



ra del tamaño de un guisante. Uno de los insectos se tiende panza arriba y empieza á voltear la esfera con los piés, como un equilibrista de circo; entonces, el otro se sube encima de la bola, y moviendo las patitas á medida que ésta da vuelta, logra permanecer siempre en la parte superior, sin caerse ni tener necesidad de salir volando.

Mr. Smith ha presentado fotografías de sus moscas, ampliadas, en la Real Sociedad Fotográfica de Londres, con ocasión de una conferencia que pronunció acerca de ellas. En su opinión, y en la de cuantos han tenido oportunidad de aplaudir las habilidades de los pequeños acróbatas, más admirable aún que su inteligencia es la enorme fuerza que demuestran, en relación á su peso. No solamente levantan y manejan objetos mucho más pesados que ellos mismos, sino que no parecen cansarse nunca, como si para ellos fuesen desconocidos los efectos de un esfuerzo muscular demasiado prolongado.

Esto ha hecho pensar á algunos espectadores: si las moscas fuesen tan grandes como nosotros, ¿qué animal podría compararse en fuerza con ellas?

táculo no comprenden cómo puede haberse enseñado tan difícil ejercicio á estos despreciables insectos.

Otro de los dípteros, echándose de espaldas, voltea con los piés unas pesas de gimnasia, sumamente pequeñas, claro está, pero muy grandes y pesadas con relación al tamaño del insecto, de modo que en este caso no se trata sólo de un ejercicio de habilidad, sino á la vez de un alarde de fuerza. En la compañía figura también una mosquita que, subiéndose á un volante de reloj, le hace dar vueltas con pasmosa rapidez.

Pero los ejercicios más bonitos son los que hacen dos moscas juntas con una esfe-



ECOS

—¿Ha visto usted por aquí al señor de Miranda?

—No lo puedo asegurar, porque conozco de vista al señor Miranda, pero de nombre no.

Gedeón se ha quedado viudo.

Después de comer, un criado le dice:

—¿Quiere el señor café solo ó con leche?

—¡Solo, hombre, solo! ¿No ves que estoy de luto?

El marido.—Tengo un dolor de cabeza horrible; procura que los invitados se marchen pronto.

La mujer.—¡Ya comprenderás que no puedo ponerlos en la calle!

El marido.—Nó; pero puedes ponerte á tocar el piano.



—Mire, mozo. Esta carne que usted nos ha servido, está mala, está infecta, está olisca.

—No puede ser, señor. Esa carne debe ser buena. Es la misma que usa el patrón para cazar ratones.



1. —Un toro, Virgen Santísima, ¡sálvese quien pueda! Lo peor es que el bicho me va á destruir el mono.



2. —Qué curioso. Hé ahí al toro convertido en un centauro moderno.



3. —¡Horror de los horrores! ¿Qué animal será este que se carga ciego, se ríe y usa sombrero de pelo?

El Injerto del Diablo



EL caso del "Injerto del Diablo" no era para mí completamente desconocido, pues había oído mencionarlo alguna vez; pero las versiones que tenía eran á todas luces fantásticas. Por ejemplo, según ciertas personas ignorantes, el pobre joven era hijo del demonio y de una bruja.

Yo no lo creí, porque un joven llamado Fermín Hernandez difícilmente será hijo del demonio, y ellos aseveraban que el nombre era Fermín y Hernandez el apellido.

¡Hernández! ¡Hernández! ¡Hernández! A mí me sonaba mucho, por cierto, este apellido, pero no me sonaba, absolutamente, á Belcebú. Además, era el hecho que regularmente un Hernandez es hijo de otro Hernandez, y no del demonio, y ni siquiera de Hernán, como pretende la gramática, que también está equivocada ó quiere hacernos un chiste sobre la virud.

Por otra parte, mientras no conociera, de vista al menos, al muchacho, era justo poner en tela de juicio su infernal estirpe.

Pues bien, esto es lo que oí de la conversaci6n de ambos desconocidos, mientras el tren marchaba en direcci6n á Buenos Aires. Como ya he dicho, á juzgar por sus palabras, uno de los dos era médico-cirujano. Este último se expresaba así:

—Cuando llegué al colegio, ví que el caso era muy grave. El joven Fermín, trabajando en el laboratorio del establecimiento, había tenido un percance terrible, y el

rostro, el cuello y parte de los hombros y de las manos eran casi una llaga viva.

—¡Qué barbaridad! exclamó el otro, con íntima convicci6n. ¿Y el director del colegio, qué decía?

—¡Supóngase la aflicci6n de aquel hombre! ¡Su responsabilidad, que en cualquier circunstancia hubiera sido grandísima, era entonces mayor que nunca, pues la familia del paciente se encontraba en Europa.

—¡Qué barbaridad! repitió el compañero del doctor.

—Por fortuna, conseguí salvarlo. Le dije al director que haríamos un injerto, y le interrogué sobre quién se prestaría á facilitarnos un poco de su piel.

—¡Qué barbaridad!

El doctor se detuvo, creo que para mirar de reojo á su amigo, y luego continuó:

—Usted comprende que no era cosa de pelar la mitad del muchacho para cubrir la otra mitad.

—¿Y el director, qué dijo?

—El director propuso á los compañeros de Fermín que cada uno proporcionase un trozo de piel, pero ninguno consintió. Entonces el director puso un aviso en los diarios.

—Sería curioso, ¿eh?

—Más ó menos, estaba redactado así: "Acci6n filantrópica Mil pesos á la per-

sona que consienta en dejarse cortar 400 centímetros de su piel para injertarla á la víctima de un accidente de laboratorio. El que a ello acceda habrá realizado también una acción filantrópica. Dirigirse á..... calle tal, número tantos, hoy, antes de la una de la tarde."

—¡Y el colegio se llenó de gente que quería vender la piel!

—Muy al contrario, ninguno se presentó, pero justamente á la una de la tarde el portero pidió hablar con el director.

—¿Para venderle la piel?

—Justamente. El portero le dijo que habiendo leído el aviso, y puesto que nadie se había presentado, él se ofrecía, pero por

dos mil pesos. A mí se me cayó el alma á los piés...

—Era caro, ¿eh?

—Nó, hombre; era negro.

—¿Negro?

—Sí, el portero era negro.

A esta altura de la historia, el tren se había detenido en Belgrano, y el doctor se interrumpió para decir con cierta agitación:

—¡Véalo, ahí sube!

Yo miré también, con cierto disimulo, pero casi doy un salto cuando ví que entraba en el vagón un hombre, al parecer joven, con el rostro mitad blanco y mitad negro.

MATIAS JUNCAL

LA ULTIMA ELECCION



Esta señorita pasó buena parte de su existencia preguntándose si se casaría con un rubio ó con un pelinegro.



Y acabó por casarse con éste, que no era ni lo uno ni lo otro.

Soñé

Con la noche preñada de sombras
soñé que moría
suavemente, cual dejan el mundo
las almas sencillas.
Ya mi cuerpo sin savia en las venas
feliz no latía
y en mi alma secábanse todas
las ansias de vida.
Vime pálido y frío en el lecho
de aquella agonía
y muy solo en las sombras, ni un cirio
velándome ardía.

Después vime cubierto de un paño
tendido en la caja,
para siempre mis ojos sin vista,
mi cuerpo sin alma.
Vime allí sonriendo á la muerte
mi faz demacrada,
despedido por siempre del mundo

sin flores ni lágrimas.
Ví después que tiraban mi cuerpo
á la fosa helada
y sentí cómo el frío y la noche
trabó mis entrañas.

Una loza amarilla de lluvia
rodeada de reja...
¡hacen años que allí está mi cuerpo
pudriendo la tierra!
Desperté. Sobre el cielo brillaba
la última estrella,
y sentí la verdad de esa muerte
tan fría, tan negra.
Y sentí la verdad de esa muerte
que á mi alma se aferra
sin dejar un vacío, en un manto
de sombras y tinieblas.

Julio de 1909.

SOMBRA



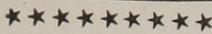
Comentando los rumores
del viaje de Su Excelencia,
discurren dos charladores
sobre él que en esta emergencia
irá á obtener los honores
de la Vice Presidencia.

Y uno de ellos,
dice al otro lo siguiente
-Yo tengo indicio
y sé, sin ser adivino,
que don Elías Per
es el llamado al

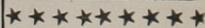


avemente,
ente:
muy grandes
,
ndez
stino.

Esto lo afirmo porque
un joven que inspira fé,
y á quien de seguro encuentro
siempre en la segunda tanda,
dice haber visto en el Centro
á don Elías con Banda.



ANECDOTAS



Rasgo de modestia

La reina Isabel de Inglaterra visitó al canciller Baun en su modesta casa de Herfort.

—¡Esa es una casa muy pequeña para un hombre como usted es!—le dijo.

—¡Señora! ¡La culpa es de vuestra majestad, que me ha hecho demasiado grande para mi casa!—contestó el canciller.

Cuatro contra uno

Un tonto presumido delante de Rivarol de conocer cuatro idiomas perfectamente.

—¡Os felicito, dijo el admirable escritor. Así tendreis siempre cuatro palabras contra una idea.

Un engaño

El célebre autor inglés Garrick tenía fama de ser un deudor que nunca se acordaba de sus deudas. Una vez se dirigió á lord Chesterfield pidiéndole cincuenta libras esterlinas, con la promesa de devolvérselas en el plazo de un mes. El famoso político le prestó dicha cantidad que, con gran asombro de su parte, recibió en la fecha prometida.

Al poco tiempo, Garrick volvió á solicitarle otro préstamo, ufanándose de su cumplimiento anterior que le servía de garantía.

—Estáis equivocado—le dijo lord Chesterfield.—No volveré á prestaros nada... ¡A mí no se me engaña dos veces!

Una promesa

Después de las honras fúnebres por el alma de Luis XVIII, celebradas en la iglesia de Saint Denis, de París, el gran maestro de ceremonias M. de Dreux-Brère fué á dar cuenta del acto al rey Carlos X.

El rey estaba enterado del desorden ocurrido en el templo, y pidió explicaciones á Dreux-Brère, el cual, después de quitar importancia al suceso, añadió:

—¡Descuide vuestra majestad...! En las próximas no ocurrirá lo mismo.

A la espalda!..

Talleyrand tenía tantas condecoraciones, que no hubiera podido ostentarlas todas á un tiempo si le fuese preciso.

Un príncipe alemán le concedió una más, y alguien de su intimidad le dió á saber la noticia:

—¡No teneis ya sitio en el pecho para llevarla!

—Bueno—contestó Talleyrand,—la llevaré en la espalda.

Plazo indefinido!

Una jamona, no mal parecida, que se dedicaba á dar dinero á réditos, reclamó hace tiempo una cantidad á un sujeto excesivamente tímido para el pago.

—¿Cuándo va usted á pagarme? le dijo un poco enfurecida.

Y él, con sonrisa galante, le respondió:

—¡Cuando cumpla usted los cuarenta años!

Desde entonces no ha vuelto á molestarle.



VIRTUD Y AMOR

Hay en el cielo bellos celajes,
astros hermosos que irradian luz,
y en tu alma, niña, cual linda estrella,
se ostenta el lirio de la virtud!...

Hay en los mares nítidas perlas,
en los pensiles bella ilusión,
y en tu alma, niña, blanca azucena,
emblema augusto de tu candor!

Hay en la lira preciosas notas
que sintetizan cantos de amor,
y en tus miradas gratos efluvios,
que hablan de amores al corazón!...

Por eso pienso que, si en el cielo
Dios puso en Febo lindo fulgor,
á tí en la tierra te dió el encanto
con que cautivas mi corazón!...

JULIO KLOQUES CAMPOS

LAS ALZAS NOCTURNAS



Como la Empresa de Tracción ha resuelto alzar las tarifas nocturnas, á pesar de no haber satisfecho ampliamente sus compromisos, el público, en castigo, ha resuelto también alzarse. Además, la época es propicia para las alzas nocturnas.

Buen humor campechano

A don Juan Antonio, sesentón de mi tierra con hijos mayores de edad, le gustan dos cosas no más en este mundo, según declaración terminante suya: las niñas y las bromas.

Sostiene que las unas y las otras no son sino una misma cosa con distinto nombre: ¿qué es una broma sino una niña traviesa que alegra la conversación? ¿qué es una niña sino una broma puesta en continua actividad? De aquí que siempre en las bromas de don Juan Antonio haya niñas y que á las niñas las trate siempre en broma.

El personifica y resume el buen humor de mi pueblo, que no es por cierto el "humour" que hace juego con el "spleen" de los ingleses; su humorismo es práctico, como que él ni el medio en que vive serían capaces de concebir ni descifrar los calembures á quince días plazo.

Un día entró una de sus hijas al salón, en donde la esperaban numerosas amigas, llevando una gran rosa encarnada en la manera: don Juan Antonio no encontró mejor medio de advertirle que iba á entrar al salón con la manera abierta y, sin que

cién llegadas, se quedaron un momento como en misa. Don Juan Antonio saltó del asiento con los brazos extendidos, persiguiendo en el aire algo invisible; fué de aquí para allá dando manotones, como quien desea coger un vilano de cardo que flota á merced del viento. Por último, se detuvo en medio de la sala y dijo á sus contertulios con cara de consternación:

—¡Se me fué!

—¿Qué cosa?, preguntáronle.

—Una maldita mosca que andaba haciendo bulla.

La carcajada que acogió la respuesta fué el preludio de una de sus más animadas reuniones.

El buen humor de don Juan Antonio no está reñido con la poesía; antes bien, ambos se completan en sus bromas. Y vean ustedes cómo él los hace servirse mutuamente.

Pasaba por delante de la casa un mozo, llevando un hermoso canasto de doradas y pulposas tunas. Don Juan Antonio lo interrogó:

—¿A dónde vas con eso, Luciano?

—Se lo manda don Marcial á misiá Pascualita.

Los nombrados eran dos viudos que á paso de carga marchaban á las segundas nupcias. Don Juan Antonio hizo esperar al mozo, escribió un papel y le dijo:

—Así se hacen las cosas; en vez de mandar un recado se pone un papelito adentro del canasto y se acabó.

El papelito decía:

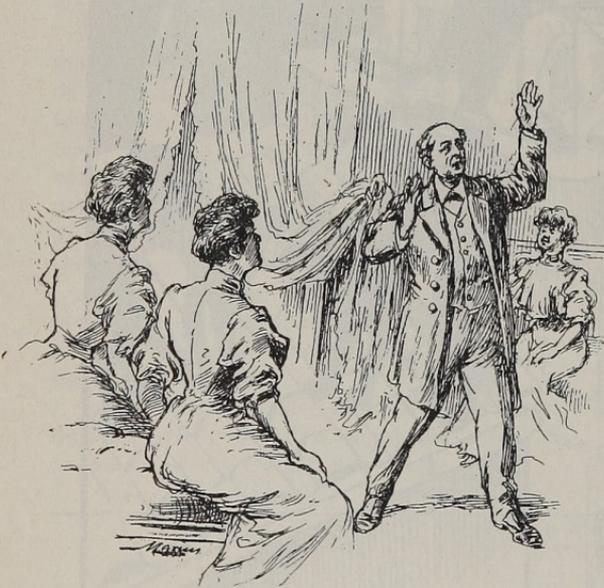
A la tuna se parece
la mujer en lo espinuda;
la desespina el marido
y que se clava, no hay duda.

Pascualita, vida mía,
¿le quedan á usted espinas
todavía?

El proyectado enlace de don Marcial y misiá Pascualita estuvo al volverse sal y agua; pero se averiguó la autenticidad de la estrofa y... las cosas volvieron á su punto.

Y sería de contar y no acabar las jugarretas de don Juan Antonio. Contaré una más que me tocó presenciar en las pasadas vacaciones.

Como el artista cómico tiene su camarín, don Juan Antonio tiene un estante destinado á algunos objetos curiosos que para sus bromas le son indispensables. Esa vez se habló de bandidos, de policías muertos por ellos, del terror que causan los asaltos en los campos, etc., etc. Un sabihondo de la reunión llamó antropófagos á los ban-



la víctima de su broma se percatase, la adornó en tan desusado sitio.

Doña Ramona, su mujer, no sale mejor parada con las bromas: cuando hay invitados, el amante esposo la requiebra ladeándose hacia ella y cosquilleándole el rostro con sus mostachos renacientes.

Con semejante ejemplo de buen humor, las tertulias son animadísimas en su casa. Cuentan que en una ocasión las visitas, re-

didos, que á menudo son parientes de sus víctimas, y la conversaci3n rod3 á los salvajes que comen carne humana; las se1oras hicieron fe3simos gestos de asco y las ni1as se disputaban los salvadores de la sala.

—Hablemos de otra cosa, dijo la se1ora.

Entonces fu3 cuando don Juan Antonio dijo:

—A prop3sito de bandidos: cuando est1n

despu3s de muchas pruebas lo hizo sonar.

—Suenan como todos los pitos, arguy3.

—Es que usted no sabe tocarlo, contest3 como ofendido el due1o del maravilloso instrumento. A ver, Teresita, t3quelo usted con fuerza.

Viendo que el pito nada ten3a de particular, pas3 de boca en boca de las ni1as y hasta las se1oras mayores tuvieron que tocarlo, pues, seg1n declaraci3n de su due-



presos hacen lindos trabajos: visitando la c1rcel de Rengo, le compr3 á un preso por cinco pesos un pito, hecho por 3l, que suena como una flauta.

Sac3 de su comod3n un estuche cuadrangular, en cuyo fondo de felpa un marfilino y laboreado tubo descansaba blandamente.

Pito en mano, su engreido due1o di3 una conferencia sobre lo primoroso del trabajo y declar3 que nadie pose3a un instrumento m1s rico en su especie. Temiendo un bromazo, la concurrencia sonre3a incredulamente como diciendo: ¿qu3 ser1? ¿qu3 no ser1? Entonces, don Juan Antonio, como si nada notara, se dispuso á guardar el pito.

—Pero, h1galo sonar, dijo alguien.

Bra una ni1a y 3l le alarg3 el estuche. Ella tom3 el pito, lo mir3 con curiosidad y

ni1o, nadie acertaba á arrancarle sus mel3fluos sonos.

Y ya iban las ni1as á acholar á don Juan Antonio por el chasco que le jugaba su pito, cuando 3l dijo:

—¡Pero, qu3 tonto soy! ¡Aqu3 dice c3mo hay que tocarlo!

Y mostr3 una tarjeta pegada en el interior de la tapa del estuche. Una de las ni1as se acerc3 á leer la explicaci3n; ley3 en voz baja y, llev1ndose la mano al pecho, sali3 á escupir al pasadizo diciendo:

—¡Por Dios! ¡qu3 cochina!

—¿Por qu3? preguntaba muy serio don Juan Antonio.

La concurrencia corri3 á leer la terrible tarjeta:

“Pito hecho por el preso Fulano de Tal con el f3mur del guardi1n Mengano de Cual, muerto en el salteo del 4 de Diciembre de 1895”.

—¿Y qu3 es eso de f3mur? pregunt3 una se1ora.

—Un hueso de la pierna del paco, contest3 impasible don Juan Antonio.

A las se1oras y á las ni1as se les revolvi3 el est3mago y nada pudieron probar aquel d3a; y cada vez que se acuerdan de que han tenido un hueso humano entre sus labios no les queda saliva que escupir.

MISAEI GUERRA P.



LAS GRANDES VIUDAS HISTORICAS

ES realmente singular que la mayor parte de las mujeres que han influido en la historia fueron viudas. Las solteras, por regla general, son demasiado tímidas, y los hechos de las casadas se funden en los de sus maridos. La viuda, libre de la timidez y de la autoridad conyugal, puede realizar por sí sola grandes empresas y afrontar serios problemas.

Sirva de ejemplo, como uno de los más antiguos, Semíramis, reina de Asiria, á la que se han colgado tantas leyendas, que casi se ha convertido en personaje místico. Casada con Ones, oficial del rey Nino, cuando éste asaltó la ciudad de Bactria, ella fué quien sugirió el plan de ataque que dió por resultado la rendición de la plaza. El rey quedó tan admirado del talento militar de aquella mujer, que pidió á su oficial que se la cediese. Ones no pudo negarse á aquel capricho de su rey, pero al acceder á él se suicidó. Nino, por su parte, no gozó mucho tiempo de aquella arbitrariedad, pues murió á poco sin sucesión, ocupando entonces el trono la misma Semíramis, que desde el momento que se vió reina absoluta, dió claras pruebas del genio masculino de un general y de la habilidad consumada de un diplomático. Atravesó todo su imperio, construyendo acueductos, fortalezas y caminos escalonados sobre las montañas; fundó á Babilonia, y condujo sus tropas al campo de batalla conquistando la Persia, el Egipto y la Etiopía. Llegó hasta la India, pero allí, en combate singular con el jefe de los ejércitos enemigos, fué herida y tuvo que volver á sus estados, donde todavía reinó más de cuarenta años.

No menos notable es la figura de Zenobia, la reina de Palmira, que también ocupó el trono por muerte de su marido. Era una morena muy hermosa, de grandes ojos y blanquísimos dientes; le gustaba montar á caballo á la cabeza de sus ejércitos, bebía como el más borracho de sus soldados, y al mismo tiempo leía y estudiaba mucho, gobernando sus provincias con una sabiduría que era el asombro de sus contemporáneos. Aureliano, emperador de Roma, penetró en su territorio y puso sitio á la ciudad de Palmira, y entonces dió Zenobia grandes pruebas de talento militar, dirigiendo asombrosas obras de fortificación. Para obligarla á rendirse, hubo que engañarla diciéndola que se acercaban refuerzos, y al intentar la reina una salida, los romanos se apoderaron de ella. Aureliano la hizo figurar en su triunfo, cargada de cadenas de oro y de tantas joyas, que casi se doblegaba bajo su peso. Después, sin embargo, la concedió grandes honores y extensas fincas donde pasó el resto de sus días, admirada de sus propios enemigos.

En tiempos más modernos, tenemos entre las viudas célebres á las dos Médicis reinas de Francia, Catalina y María. La primera de ellas, viuda de Enrique III, es famosa por su

carácter cruel. Envenenadora, corruptora de sus propios hijos, traicionó y engañó á todos cuantos la rodeaban. Ella fué la verdadera autora de la matanza de San Bartolomé, atrocidad debida, no tanto á los odios de religión, como suele creerse, cuanto al deseo de aterrorizar á sus enemigos, los hugonotes, con quienes poco antes se había aliado.

María de Médicis, esposa de Enrique IV y regente al ser éste asesinado, se ha hecho también acreedora á muchas censuras por sus complacencias con los nobles franceses sublevados, y sobre todo con su favorito, el italiano Concini, y por la rebelión que fomentó contra su hijo Luis XIII; pero su afición á las artes, la protección que dispensó á Rubens y las obras y edificios que le debe París, entre ellas el palacio del Luxemburgo y el acueducto de Arcueil, hacen que ocupe un puesto importante entre las grandes reinas.

Rusia ha tenido también soberanas viudas que han influido no poco en los acontecimientos de aquel imperio. Una de ellas fué Catalina I, la viuda de Pedro el Grande; pero la más notable emperatriz rusa ha sido su homónima Catalina II, ó como más comunmente se la llama, la Gran Catalina. Alemana de origen, casó también con un Czar llamado Pedro. La corte moscovita era en aquel tiempo un foco de inmoralidad, y la emperatriz no tardó en contagiarse; pero los vicios no apagaron su singular inteligencia. A la vez que ella se hacía cada día más rusa, el Czar, su marido, cobraba afición á las cosas alemanas. Sólo exceptuaba de esta regla á su mujer, á quien odiaba cordialmente, hasta el punto de solicitar el divorcio. Al saberlo, las tropas de San Petersburgo se amotinaron y proclamaron á Catalina soberana absoluta. El infortunado Czar fué metido en un calabozo y estrangulado.

Entonces comenzó Catalina aquel reinado que ha hecho famoso su nombre en la historia. Aunque horriblemente corrompida en su vida privada, como emperatriz no ha tenido igual. Aliada con Prusia y Austria, destruyó el reino de Polonia; hizo de San Petersburgo una ciudad de palacios; fomentó la emigración; construyó canales y fortalezas; fundó escuelas y universidades, hospitales y academias, y protegiendo con verdadera inteligencia las artes y las letras, reunió en torno suyo á los hombres de genio de todo el resto de Europa.

Por la misma época, imperaba en Austria otra viuda, María Teresa, que al subir al trono encontró el ejército desorganizado, las cajas del tesoro vacías y el reino amenazado por todas partes. Federico el Grande invadió sus Estados; sin ayuda de nadie, la joven reina reunió un puñado de nobles madgiarenses, y poniéndose al frente de ellos, en pocos días consiguió arrojar de Austria á los invasores.



PERFUMES DEL TEATRO



—¿Has olido tú? ¿Notaste el olorcito que flotaba en la atmósfera de la platea?

—Sí, un olor á bencina.

—¿Sería de los automóviles?

—Nó; era de los fraques.



MISCELANEA

El hombre avestruz

En Nord Bend (Estados Unidos), se ha operado á un individuo que se quejaba de fuertes dolores en la base del estómago, extrayéndole un verdadero bazar de objetos diversos.

Para que no se crea que se trata de una noticia exagerada, los mismos doctores que han llevado á cabo la operación publican un documento firmado en un periódico tan serio como el "Scientific American", detallando el caso. Frank Durga, el enfermo, encontró hace veinticuatro años, en el estómago de un buey, unos clavos y varios trozos de cristal, y pensó que si el cornúpeto había vivido comiendo aquello, él podría hacer otro tanto. De ahí nació su extraño apetito, y durante muchos años recorrió circos y barracones de feria, comiendo cristal, clavos y otros artículos pequeños, hasta que al fin, después de haberse comido dos bombillas de luz eléctrica, tuvo que meterse en el hospital.

Al hacer la operación, se le extrajeron cinco balas de fusil, tres navajas, cuatro llaves de puerta, diecisiete clavos de herradura, cuatro más pequeños, un anzuelo, un trozo de vara nudosa, una cachea de navaja, dieciocho monedas y cuatro onzas de cristal. Todo ello pesaba cerca de un kilo, y se tardaron cincuenta y cinco minutos en la operación.

Las manchas de pintura

En los vestidos, se quitan con trementina y amoniaco mezclados á partes iguales, aún cuando la pintura esté seca y endurecida. En este último caso, no hay que hacer sino empapar las manchas lo más á menudo posible, con la mezcla antedicha, y quitarlas después con agua de jabón.

La estupidéz de los animales domésticos

El célebre domador, Mr. Bostok, asegura que muchos de los llamados animales salvajes tienen mejores condiciones para prestar servicio al hombre que los denominados animales domésticos. El caballo, el asno y el buey, por ejemplo, son en opinión del referido Mr. Bostok unos animales extraordinariamente estúpidos. El primero, sobre todo, lleva algunos miles de años de domesticidad y todavía hay que guiarle casi paso á paso con brida y bocado.

Por el contrario, los elefantes, los came-

llos, los dromedarios seguían casi enteramente con la voz, y lo mismo podría decirse de los tigres, leones y panteras. Estos comprenden todo lo que se les dice. Una vez amaestrados, basta mandarles con la voz cualquier cosa para que la hagan en el acto.

Mr. Bostok tiene un león al que ha enseñado á ir á buscar y traer lo que le manda con la voz, á distancias considerables, fuera de la jaula, y sin que los mandatos tengan relación alguna con los ejercicios ordinarios.

Este domador fué el primero que consiguió domar un tronco de cebras, animales que es sabido tienen fama de indomables, y también utiliza los servicios de un mono para cuidar á un niño de seis años, el cual se pasea en un carricoche tirado por un emu.

Diversos

Humedeciendo los labios de los niños con agua fría ó dándosela á beber, se les refresca y tranquiliza y hasta se consigue que no lloren.

Las huellas de los dedos en los muebles barnizados se quitan untándose con un poco de aceite común y pulimentándolos después con un paño.

Las estatuas de yeso toman toda la apariencia de estatuas de bronce, pintándolas con bisulfuro de estaño. La misma substancia sirve para dorar las maderas.

En Escocia, la edad legal para el matrimonio es la de catorce años para los hombres y de doce para las mujeres.

Uno de los platos hacia el que los esquimales muestran mayor afición consiste en una especie de sorbete hecho con aceite de foca, removida hasta que adquiere cierto espesor y en la que se han puesto bayas de diferentes especies.

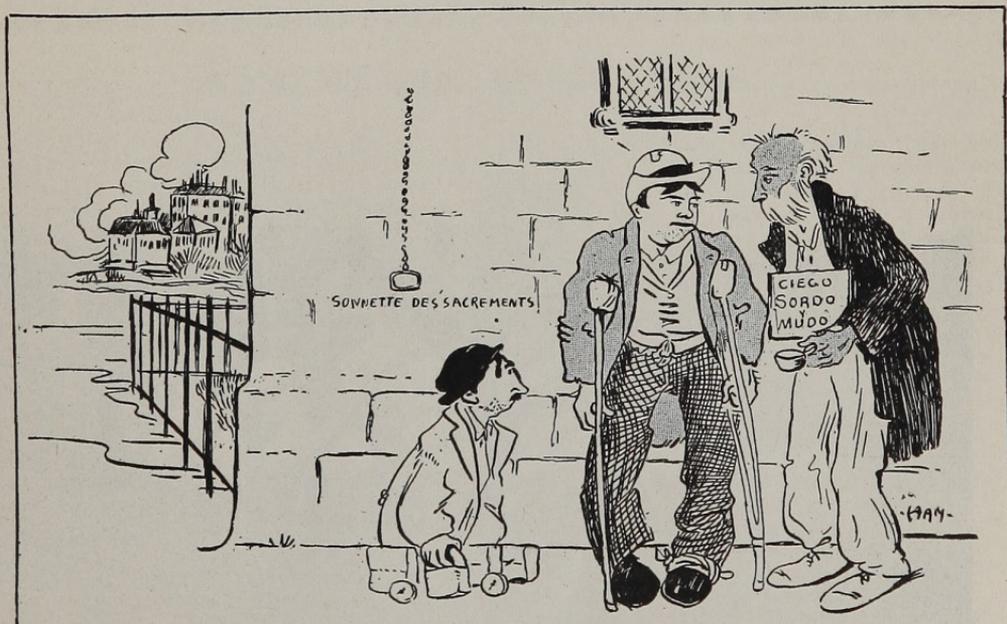
Las mujeres de Bélgica se han unido para protestar indignadas contra unas sociedades llamadas filantrópicas que, según dicen, animan á los solteros para que construyan grandes hoteles donde viven disfrutando de todas las comodidades del hogar de los casados.

VARIEDADES COMICAS



—¿Qué te parece este segundo acto del drama?

—Me parece completamente inverosímil. Ya ves tú, entre el primer acto y el segundo corre un espacio de tres meses, y, sin embargo, en el segundo aparecen con la misma cocinera.



El ciego.—Yo soy muy desgraciado. Yo no conocí á mi padre.

El cojo.—Yo soy más desgraciado aún. Yo no conocí nunca una madre.

El mutilado.—Yo soy mucho más desgraciado todavía. Yo no tuve madre

—¿Cómo es eso?

—Porque yo fuf hijo de mi padre y de una tía.

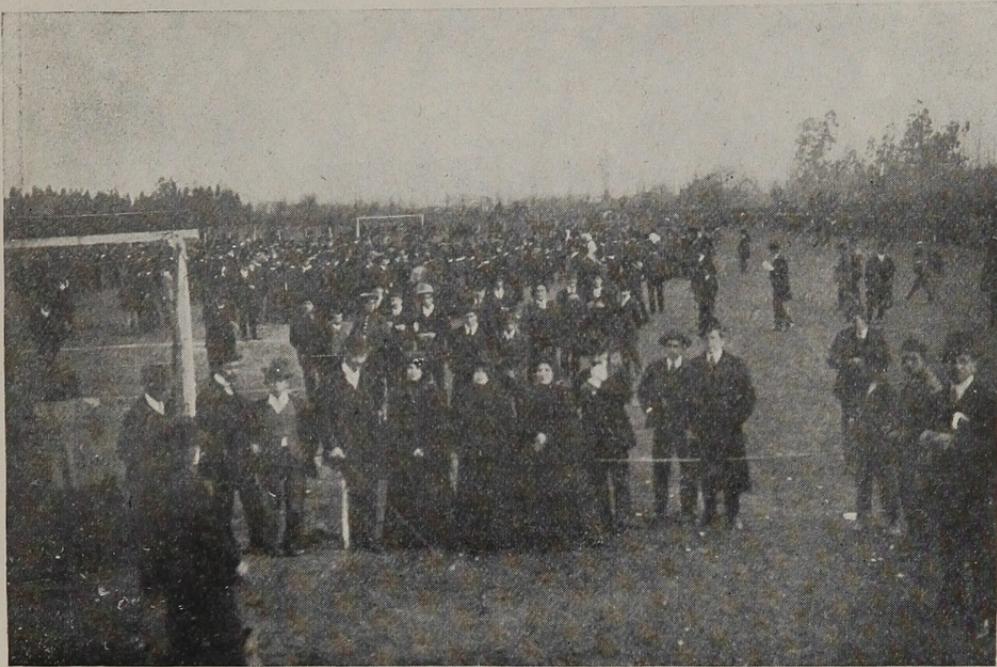
FOOT-BALL INTERCITY MATCH



Damos algunas vistas tomadas durante el match de foot-ball celebrado entre dos teams de Santiago y Coquimbo. La vista anterior representa una escena del juego



Team Coquimbo, ganador en la contienda



Una parte de la concurrencia á esta interesante fiesta esportiva

UNA MENOR DE 27 ANOS

LOS periódicos se han ocupado de Weeme Wee (la "Princesa Comino"), porque tiene 18 años y sólo alcanza á una estatura de 60 centímetros. Sin embargo, esa es una princesa que no vale un comino si se la compara con Rufinita Escobar, la entrerriana, actualmente en Buenos Aires, donde se exhibe públicamente en los salones de espectáculos. La Escobarita en cuestión, con todo que cuenta nueve años más—ha llegado á los 27—que la Princesa Comino, tiene tres centímetros menos que ésta: 57 justos. A pesar de todo, Veeme Wee ha sido proclamada reina de los enanos, lo cual es una injusticia irritante.

Rufinita Escobar es argentina, nacida en Gualaguaychú, y tiene familia



Rufina Escobar, de 27 años, que sólo tiene 55 centímetros de altura y es considerada la mujer más pequeña del mundo.

en Montevideo. Sus padres y sus hermanos son de estatura normal, de manera que no se ha podido saber de dónde salieron sus exiguos 57 centímetros. Canta en castellano é italiano y baila danzas chilenas. Pesa 18 kilos y calza botines del 22. Escribe versos, ó por lo menos los firma, los cuales terminan invariablemente pidiendo plata.

Dícese que la Princesa Comino se asusta si un niño habla á su lado en voz alta, y se pone nerviosa cuando sale á la calle y ve tanta gente y tantos carruajes. Rufina, en cambio, es entrerriana de Gualaguaychú y no tiene miedo á nadie.

Nuestra pigmea es bastante proporcionada, observándose sólo que la cabeza es un poco grande.

FIESTAS FRANCESAS EN VALPARAISO



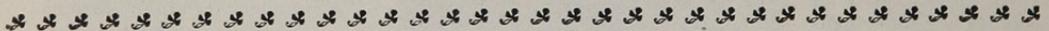
Recuerdo del 14 de Julio, 53.º aniversario de la 5.ª compañía de bomberos y repartición de premios

EN el 14 de Julio de este año no hubo fiestas oficiales en Valparaíso, pero en cambio no faltaron algunos particulares franceses, entre los cuales hay tantos y tan entusiastas, que se reunieron para celebrar el aniversario de la toma de la Bastilla.

Una de estas fiestas fué la organizada por la quinta compañía de bomberos, que al mismo tiempo celebró el 53 aniversario de su fundación con una comida y la solemne repartición de premios.



En la mesa



¡QUIERO OIR TÚ CANTO!

Cual la cantora de Atoyac, tu lira
haz que prorrumpe en melodioso trino,
y que no cese tu cantar divino
que, como musas, hasta mi estro inspira.

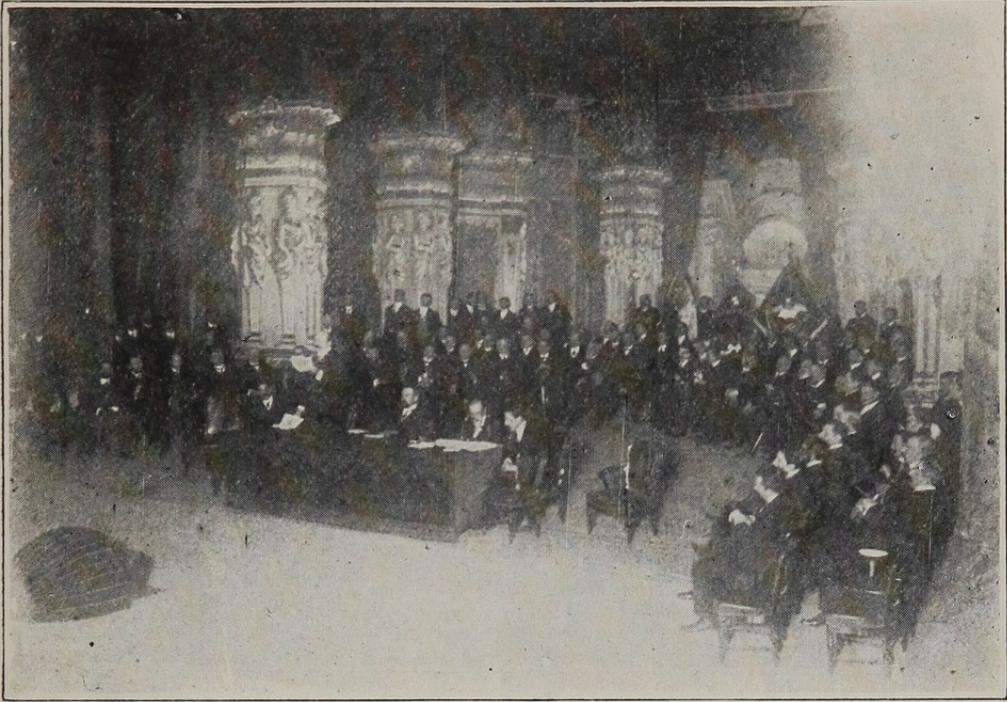
Que siempre lleguen hasta mí las notas
que, alegre, arrancas de tu plectro santo
como un prelude de amoroso canto
con cuyo ritmo mi pesar agotas.

Que siempre escuche, como trinos de aves,
el dulce acento de tu lira hermosa
que, triunfadora del Edén, cual diosa,
cautiva mi alma con sus notas suaves.

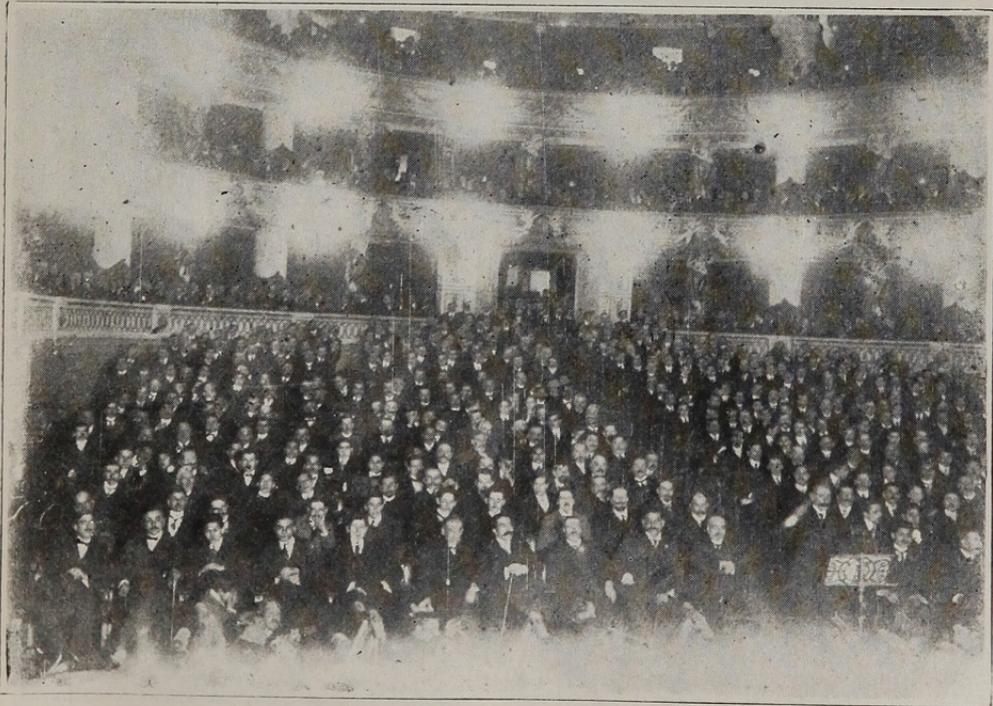
Como cantora de Atoyac, envía
á mi alma triste tu cantar sonoro,
que son tus trovas como dardos de oro...
¡que ya han flechado la existencia mía!...

JULIO KLOQUES CAMPOS

EL MEETING DE LA REFORMA



Mesa directiva del meeting llevado á efecto el Domingo 18 del actual en pró de la reforma municipal



La sala del Teatro Municipal durante la asamblea

INSTRUCTORES Y PERIODISTAS



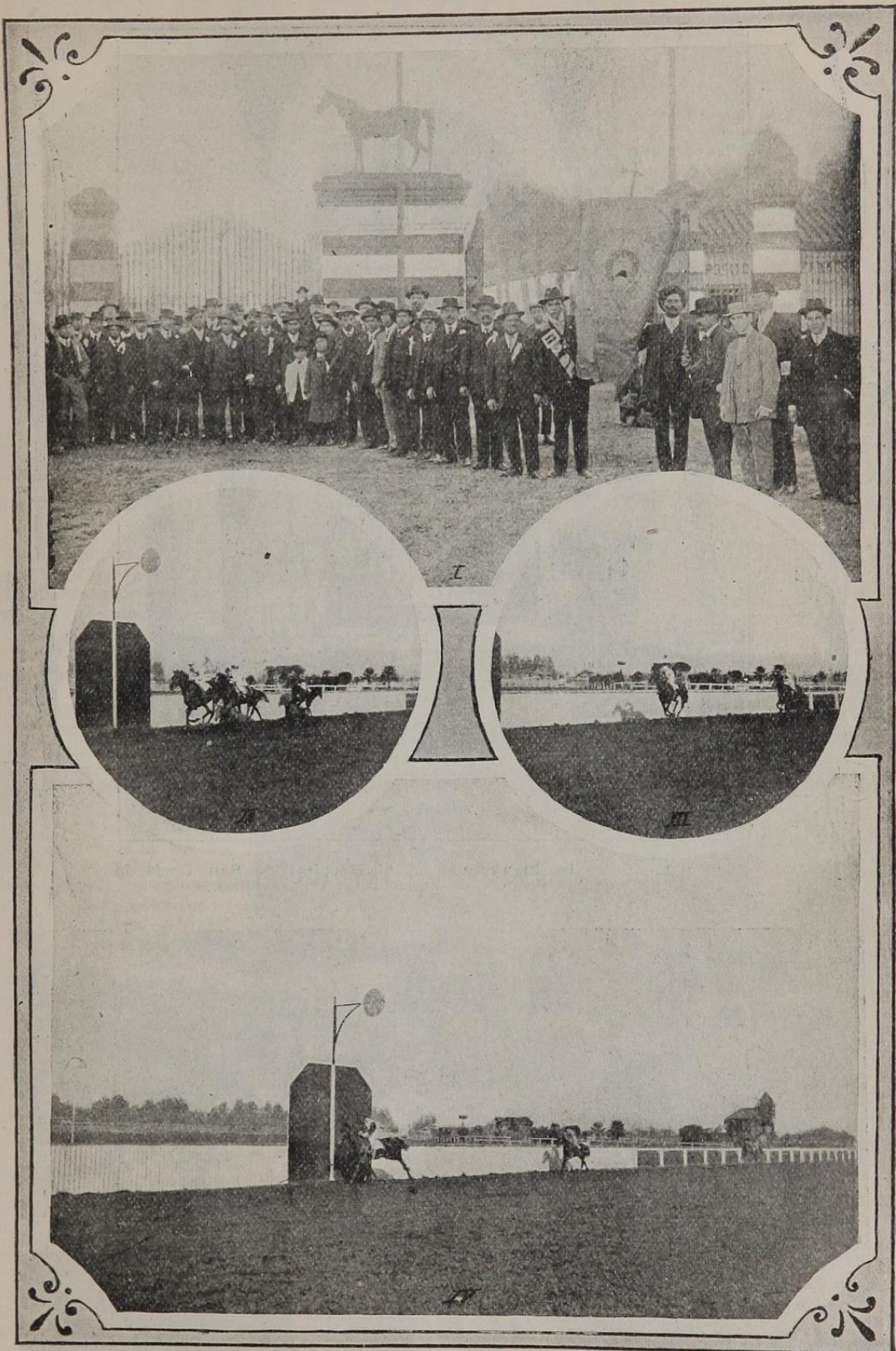
En la Escuela Superior de Playa Ancha, de que es director don Caupolicán Murillo, se realizó una hermosa y sencilla fiesta íntima, entre algunos profesores de instrucción de Valparaíso. Compartieron en esta simpática tertulia algunos periodistas invitados especialmente. El señor Murillo atendió galantemente á sus invitados.

FUNERALES DEL PRESIDENTE DEL BRASIL



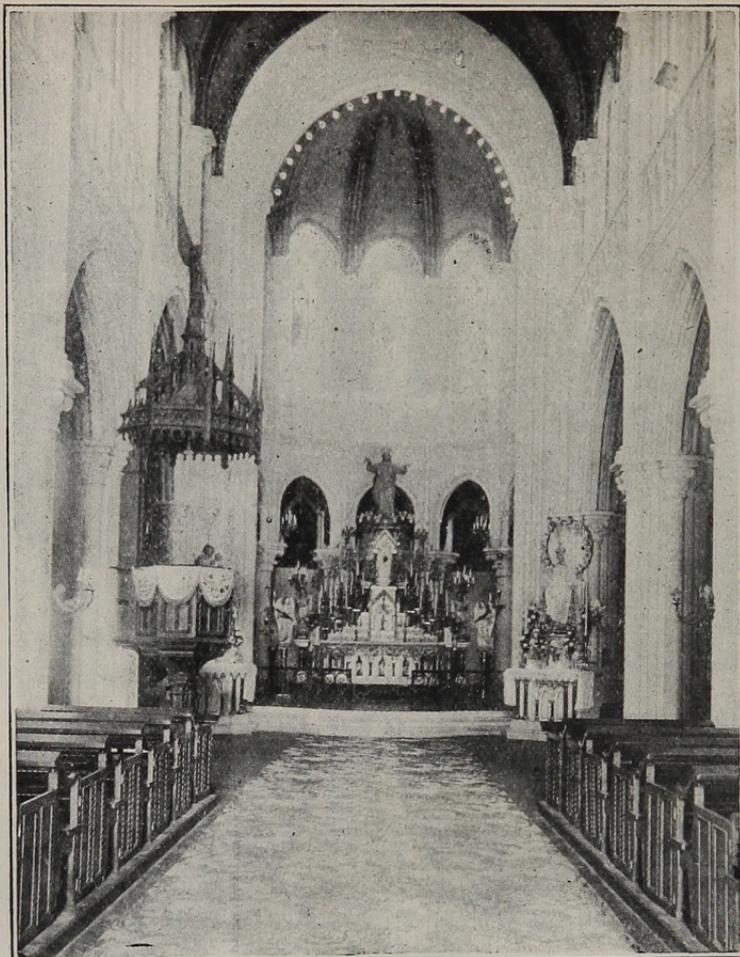
El cortejo fúnebre ante el mausoleo que guarda los restos del señor Alfonso Moreyra Penna, Presidente del Brasil

LAS CARRERAS DEL DOMINGO 18



I. La Sociedad Hípica "Luis Cousiño" en el momento en que se dirige á despedir á don Carlos Campino.—II. Chantilly, ganando el Premio Lancaster.—III. Llegada del Premio Launay: 1.º Curiche, 2.º Nene.—IV. El Roto, ganando fácilmente el Premio Lafayette.

LA NUEVA CAPILLA DE SAN BORJA



Recientemente se ha inaugurado en el Hospital de San Borja la capilla después de importantes reparaciones



La inauguración se celebró con una concurrida procesión que recorrió el interior del establecimiento

SUPERSTICION

JINETE en una yegua andadora, iba yo de camino, solo y callado. Quedábanme muchas leguas por andar. La noche dormía aún sobre el paisaje, dando á los matorrales y á las hondonadas el encanto de su misterio. A poco, la cabalgadura entró en un robledal que la vereda recorría ondulando. Bajo las copas entretregidas haciase más intensa la sombra y más hondo el silencio. Sólo de vez en vez un claro dejaba contemplar las estrellas que relucían en la altura, y luego iban á reflejarse, como víbora de luz, sobre los aguazales del camino.

Fuimos así luengo rato. De pronto la maleza crujió como al paso de una alimaña, y la cabalgadura se detuvo con las orejas rígidas y anheloso el resuello. Luego, ante mí, dibujóse una sombra indecisa, cuyos perfiles no logré por entonces concretar, á tiempo que una voz dulce é implorante decía con amorosa mansedumbre:

—Señor: de no llevar mucha priesa, y aún cuando la lleve, señor, ruégole que descalbague. Va el señor á hacerme un bien muy grande. Es un bien de caridad, señor. Lo espero de su nobleza.

Era de una mujer la voz que me hablaba, y era lánguida, dolorosa y humilde. Me apeé sin contestar, y la voz volvió á decir, salmodiando queda, con sonidos apagados, sordos, languidecientes:

—¡Dios se lo premie, señor! ¡Dios quiera que todos sus deseos se cumplan, y que el camino de su vida sea un camino de rosas, y que lo no sabido venga siempre á darle alegría!

Y entonces advertí como la voz temblaba, lacrimosa y muriente. Mis ojos habíanse hecho á la obscuridad, y pude conocer que quien me hablaba era una vieja con el bulto de un niño en brazos. Ella á mí debía verme aún mejor.

—De verdad, ¡cómo duele molestar al caballero!... Más es tan grande mi cuita, que de otro modo no me puedo valer. Tiene aún que hacerme la merced de aguardar un rato... Hasta el asomar de los primeros claros. ¿Aguardará, señor?

Se lo prometí con grave benevolencia, y en tanto aguardábamos, quise saber los motivos de aquella aventura. La buena mujer comenzó diciendo:

—Es, señor, que en nuestra choza, de

por fuerza ha entrado una mala hada. Todas mis gentes se mueren de un mal extraño. Háseme muerto la hija y el su marido y el nieto mayor, que me alegraba el vivir con sus decires lenguateros. El mal entra en silencio y en silencio muere. Así se van unos tras otros, con los huesos casi descarnados, consumidos, que da lástima de los ver... Sólo me queda en el mundo este nieto pequeño, que también comenzó á marchitarse. Fui con él adonde la *Sabia* de Hermunde, y la *Sabia* me ha dicho: "Lleva al nieto, una noche de nueva luna, á un camino que atravesase un robledal donde haya robles nuevos; busca un arado con que tu padre removiese la tierra en sus días; con el hierro de ese arado funde una hacha; no partes nada con ella, y llévala también. En el camino aguardas desde la media noche hasta el día nuevo, y momentos antes de nacer detén al primer caminante que pase, vaya ó venga. Aguardad los dos á que el día raye, y entonces el caminante na de hendir, con el hacha que tu llevas, un roble nuevo de un solo golpe. Después ha de pasar al enfermo tres veces de tres por entre la hendidura. Luego, es-



pera. Y si al nacer se alegra el día con una risa de sol, cuenta á tu nieto en salvo. Si no ríe, si lo ves brumoso, señal es de que el Señor te lo quiere para su corte de ángeles".

Calló la anciana, y hubo un silencio hondo. El aliento enfermizo de la superstición parecía envolvernos. A veces, aquel doliente gemía en voz ahogada, como si la voz sonase muy desviado de allí. Su

abuela, entonces, acariciábale largamente é intentaba adormecerle vertiendo en su oído la música blanda de alguna canción popular. Yo, al lado de la vieja, me sentía preso de una emoción indescriptible. Creíame en un ambiente arcaico, habitando un país de leyenda. Siempre me fuera bien conocido el carácter rupersticioso y agorero del alma campesina, pero nunca lo descubrí tan claramente. Hasta entonces habíame figurado que la superstición de aquellas gentes se encaminaba hacia otros motivos de credulidad y esperanza. Nunca la juzgué enlazada á creencias tan remotas. Dije á la mujer si no le merecía fe algún santo milagroso de los que son tutelares en las iglesias del país, y respondió con su acento humilde y balbuceante:

—¡Ay, señor!.....

Los santos también son buenos, también; pero esto es cosa solamente de Dios. ¡Mire que quien me dió el consejo fué la *Sabia* de Hermunde! ¡Mire, alma buena, que la *Sabia* de Hermunde entiende de muy grandes saberes!

Y al decir esto, su alma parecía aromarse con los inciensos de la fe. Creía en la virtud del ensalmo milagroso, y de su dicha ó desgracia venideras esperaba saber bien luego... A poco, allá por el confín del horizonte comenzó á asomar una claridad tenue é indecisa, como el resplandor lejano de una hoguera que ardiese con lumbres de intensa palidez. La anciana, al verla,

conmovida y anhelante, me entregó el hacha:—¡Ahora, señor!

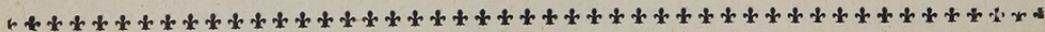
Y sobre un roble donde aún no había hojas, descargué el golpe con mano firme, y el árbol crujió al romperse en dos mitades. Luego, tomando de brazos de la anciana al niño, lo pasé con emoción casi religiosa,



hasta nueve veces—tres veces de tres— por entre la hendidura...

Y envuelto en las bendiciones de la anciana, me alejaba ya por aquel viejo camino donde caía mansa la luz del amanecer, pensando aún en el lance. Las bendiciones, ardorosas y patriarcales, me acompañaron luengo rato... Y confieso que mi alegría fué grande cuando sobre las cumbres eternamente coronadas de nieves vi asomar un sol espléndido, luminoso y radiante.

FRANCISCO DE CAMBA



EL UNGUENTO MISTERIOSO

Cierto árabe un unguento misterioso me regaló un buen día...
 "Encierra la fortuna, me decía, es un invento muy maravilloso. Si un alma que se ha guiado por los falsos caminos del error, si de ella ya por siempre se han borrado la diáfana pureza y el honor, Con sólo este secreto de mi ciencia vos podeis devolverle la perdida y pura transparencia, y aún de nuevo parece darle vida".
 Pasó algún tiempo. Conocí una moza. Con gusto le obsequié el medicamento, pues no era su alma hermosa, y la dije el servicio del invento...

Un instante la joven me observó: me pareció indecisa, porque triste en sus manos lo tomó y me dijo después, con voz sumisa: "¡Qué lástima! El remedio yo sé que no me sirve, porque mi alma está sufriendo de un muy grande tedio y sólo con amor vuelve su calma. Me es esto inútil; dadme, te lo pido, un buen amor, que es mi único consuelo: devuelve la pureza que ha perdido y la deja más límpida que el cielo!... Si quieres devolverle la hermosura, á un alma enristecida y sin honor, no lo hagas con milagro ni tintura: quien sólo puede hacerlo es el amor!"

VICTOR BARROS LYNCH

Anuario Zig-Zag, Guia General de Chile

La edición del presente año saldrá á la circulación próximamente.

Además de su material corriente, completamente al día, contendrá:

La nomenclatura de las mercaderías sujetas al pago de derechos de Aduana, con todos los datos de la Tarifa de Avalúos vijente.

Las tarifas y reglamentos del servicio de los Ferrocarriles del Estado, revisados especialmente para esta publicación, con las modificaciones dictadas hasta la fecha.

Una tabla demostrativa del valor de la Libra Esterlina, Franco, Marco, Dollar, Peso chileno de 48 y 18 peniques en moneda corriente, según el tipo de cambio desde 6 hasta 18 peniques y fracciones.

Informaciones sobre el ejercicio financiero de los Bancos, Compañías de Seguros, Cajas de Ahorro, Sociedades anónimas de comercio é industriales, etc., durante el año 1908.

Fluctuaciones del cambio internacional y del mercado de frutos del país; cotizaciones de bonos y acciones de primera clase; tablas de utilidad práctica para el comercio, etc.

Movimiento comercial de la República en 1907 y 1908.

Hermosas ilustraciones de los puntos más interesantes del país. Etc., etc., etc.

PRECIOS DE VENTA:

Ejemp. pasta carton \$ 6 © Ejemp. pasta tela \$ 8

Despachado por correo, bajo certificado, siempre que los pedidos vengan acompañados de su valor, girado á la orden del ADMINISTRADOR DE "ZIG-ZAG", Casilla 2017.—Santiago de Chile.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

▲
"ZIG-ZAG" ❀ "SELECTA" ❀
❀ "CORRE-VUELA" ❀ "PENECA"

	UN AÑO	SEIS MESES
ZIG-ZAG	\$ 22.50	\$ 11.70
SELECTA.....	10.00	5.50
CORRE-VUELA.....	9.00	5.00
EL PENECA.....	4.50	2.50
ZIG-ZAG.....	44.50	23.00
SELECTA.....		
CORRE-VUELA.....		
EL PENECA.....		
ZIG-ZAG.....	31.50	16.75
SELECTA.....		
ZIG-ZAG.....	30.50	16.25
CORRE-VUELA.....		
ZIG ZAG.....	26.00	13.70
EL PENECA.....		

JP

